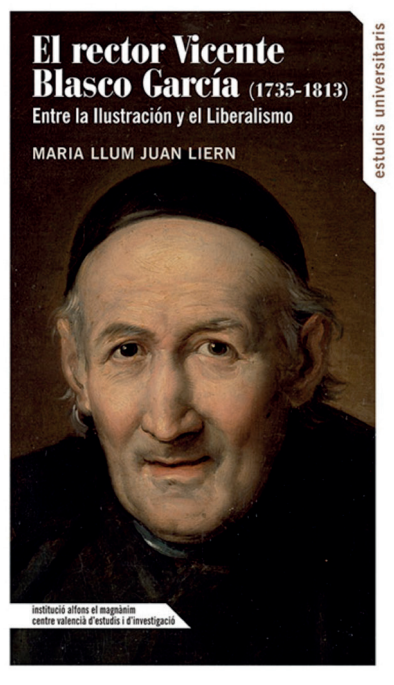


M.<sup>a</sup> Llum JUAN LIERN, *El rector Vicente Blasco García (1735-1813), entre la Ilustración y el Liberalismo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim Centre Valencià d'Estudis i Investigació (Colección «Estudis Universitaris», n.º 158), 2018, 491 págs.

La del Colegio del Patriarca es una de las plazas más deleitables de la ciudad de Valencia. El bullicio que se respira en los alrededores —estamos en pleno centro comercial de la capital— comienza allí a amortiguarse, preparándonos para trasponer el umbral de dos imponentes inmuebles: el colegio del Corpus Christi y la vieja Universidad. Ambos edificios poseen una atmósfera propia de silencio y recogimiento. El visitante ha podido predisponer su ánimo contemplando el estanque de una gran fuente adosada a la fachada occidental de la *Universidad Literaria*. Concluida el año 1964, bajo el rectorado de D. José Corts Grau, la fuente se halla presidida por cinco estatuas ejecutadas por el escultor, estatuario y eventual artista fallero Octavio Vicent Cortina. Aunque no se ha escrito mucho sobre ello, es de presumir que el coste de su ejecución fuera asumido por el Ayuntamiento de Valencia y que la Universidad sugiriese, más allá de las evidencias históricas insoslayables, los símbolos que pudieran representarla.

Aquellos eran otros tiempos. Que la Universidad de Valencia —el *Estudi General*— hubiera venido al mundo bajo el gobierno político de Fernando el Católico y el eclesiástico del papa Borja —Alejandro VI, el último papa «español» de la cristiandad— era efeméride oportunísima en aquella época de ensoñaciones imperiales y de retretas nacional-católicas. Ahora bien, que un Fernando II acomodado a la estética de cómic de la época —el *Guerrero del Antifaz* o el *Capitán Trueno*, pongo por caso— apareciese sin su inevitable compañera de providencialismos políticos, la reina Isabel I de Castilla, podía parecer algo bastante heterodoxo y hasta deshonesto. Poco importaba que la soberana no



hubiera movido un dedo por el *alma mater valentina*. Tal y como prescribían los cánones, Isabel debía acompañar a Fernando revestida de su inseparable iconografía de reina y de matrona. El papa, el rey y la reina: podría haber bastado. Pero Adolfo Rincón de Arellano era demasiado alcalde de Valencia como para consentir que el *Cap i Casal* no figurase en el retablo, si acaso demudado en metonimia marmórea de la *Sabiduría*, con unos castos pechos desnudos, sosteniendo el escudo de la ciudad con su mano derecha y formando un emblema pétreo bajo el acrónimo S. P. Q. V. (*Senatus Populusque Valentinus*).

La *Urbs* por antonomasia —como Lorenzo Mateu denominó a Valencia en su celeberrimo *Tractatus* (1654/1677)— era, en definitiva, quien había financiado aquel lugar de la memoria y la institución que, durante siglos, había sostenido la universidad y satisfecho el salario de sus catedráticos. Pero su presencia planteaba un serio problema de composición, a la derecha de la *Valentina Urbs* no podía quedar desparejado el papa Alejandro. ¿Quién podría representar a la Universidad? ¿Qué símbolo? ¿Qué personaje? ¿Tal vez el rector de más dilatado mandato de su historia? En este caso, el candidato propuesto debería haber sido Joan de Salaya (1525-1558), un celeberrimo terminista formado en París, muy en consonancia con el sistema de valores entonces imperante, pero en las antípodas de los aires aperturistas que entonces comenzaban a respirarse, especialmente por tratarse de un antagonista de aquellos humanistas erasmistas que, como Luis Vives, podían representar una fe elegante, una intelectualidad exigente y una modernidad fuera de toda duda. Vives ya formaba parte del patrimonio iconográfico de la Universidad desde hacía más de ochenta años. Una estatua modelada por José Aixá había sido erigida en su honor el año 1880 en medio del claustro. Tal vez no pareciera oportuno entonces reiterar la presencia de alguien que, por otra parte, apenas había frecuentado las aulas de la institución, amén de haber vivido y producido su obra intelectual lejos de Valencia.

Así pues, el elegido para acompañar al papa Alejandro fue Vicente Blasco García (Torrella, 1735-Valencia, 1813), rector de la Universidad de Valencia desde 1784, autor del plan de estudios del año 1786 y rector «perpetuo» de la institución desde el año 1787 hasta su fallecimiento (16-IV-1813). Blasco podía personificar bien la modernidad —en su caso, una Ilustración abierta a los avances científicos del siglo XVIII, aunque respetuosa, al mismo tiempo, con la renovación del tomismo y con la tradición humanista— pero también representaba la respetabilidad de la institución, el reformismo mesurado, la autoridad y la obediencia al gobierno de la nación. Blasco era, qué duda cabe, el candidato perfecto, además de lo señalado, porque su figura, a diferencia los rectores anteriores, era «conocida» y, a diferencia de los posteriores, difícilmente podría ser reivindicada por ninguna de las «dos Españas». Además, Blasco García

había sido el primer rector «delegado o representante» del gobierno ante la Universidad, como lo era el propio Corts, como lo habían sido sus antecesores inmediatos y lo serían sus sucesores hasta la muerte del Dictador.

La personalidad intelectual y política del rector Blasco era conocida gracias a los especialistas en el XVIII y en historia de las universidades como Florensa, los hermanos Peset, Antonio Mestre, Salvador Albiñana o Marc Baldó. En este sentido, la tesis doctoral de M.<sup>a</sup> Llum Juan, recientemente publicada por la Institución Alfons el Magnànim de Valencia, representa, al mismo tiempo, la culminación de un dilatado itinerario investigador y el colofón que una figura de su estatura histórica necesitaba. Llum Juan ha llevado a cabo sus pesquisas siguiendo las directrices de su maestro, el profesor Antonio Mestre, y el resultado de su trabajo no constituye solo una biografía intelectual del rector Blasco, sino también una contribución muy apreciable al conocimiento del panorama cultural de la España de la segunda mitad del siglo XVIII y de la historia misma de la Universidad de Valencia durante esta misma etapa. Como muy meritorio cabe calificar el esfuerzo de la autora, pues careciendo de vinculación profesional con la Universidad y del apoyo de becas y contratos pre-doctorales, ha dado satisfacción a su vocación sacando el tiempo de donde no lo había e invirtiendo sus propios recursos en la elaboración de una obra para cuya confección le ha resultado imprescindible consultar fuentes en bibliotecas y archivos de diferentes ciudades de la geografía española como Xàtiva, Orihuela, Valencia, Madrid, Simancas, Vitoria y Huesca.

Su libro se estructura en dos grandes partes, correspondientes a la trayectoria de Blasco antes y después de su incorporación al *Estudio* tras la obtención de la cátedra de Filosofía tomista (1763), precedidas de una introducción y clausuradas mediante una conclusión a la que siguen las consabidas referencias bibliográficas y archivísticas. Es de lamentar que la colección *Estudis Universitaris* de la Institució Alfons el Magnànim no contemple la confección y publicación de índices —al menos— onomásticos, herramienta de consulta, estudio e investigación que se echa en falta precisamente en libros como el que nos ocupa, con un extenso número de páginas (491) que el lector debe ir llenando de marcas y de *pòsits* para no ver arruinado por completo el esfuerzo invertido en su lectura.

La primera parte se compone de tres capítulos dedicados, respectivamente, al estudio de las raíces familiares y de los primeros estudios del biografiado (cap. 2.<sup>o</sup>), de su ingreso y servicio en la Orden de Montesa, así como a sus estudios universitarios (cap. 3.<sup>o</sup>), enmarcado todo ello por una visión panorámica de la renovación de las letras, de las ciencias y de las instituciones académicas en la España del 700 (cap. 1.<sup>o</sup>). La segunda parte es bastante más extensa. Consta

de un total de 8 capítulos que siguen el itinerario cronológico ya iniciado: acceso a la cátedra de Filosofía tomista y aproximación a las figuras de sus dos discípulos más destacados, el filósofo y cosmógrafo Juan Bautista Muñoz y el botánico Antonio José de Cavanilles (cap. 4.º), su relación con Gregorio Mayans (cap. 5.º), su compleja colaboración con la obra cultural de la Orden de Montesa y su marcha a Madrid llamado por Pérez Bayer (cap. 6.º), su regreso a Valencia y las presiones para su investidura como canónigo de la catedral y rector de la Universidad (cap. 7.º), el plan de estudios de 1786-87 (cap. 8.º), el pensamiento político-religioso de Blasco (cap. 9.º), su actitud ante la Revolución Francesa (cap. 10.º) y sus actividades postreras, tanto en el terreno universitario como en el político (cap. 11.º).

Esta somera enumeración de divisiones y apartados permite formar una idea completa del contenido de la obra. Su autora —como señalaba— no ha tratado simplemente de reconstruir la biografía del rector Blasco, sino que ha sabido engastarla en un tiempo de mudanza, de renovación y de crisis como fueron los reinados de Carlos III y de su hijo Carlos IV. Siguiendo la estela de otros discípulos de Mestre —A. Alemany, N. Bas, S. Aleixos, C. Vázquez, C. D. Fuentes, etc.— Llum Juan reconstruye el siglo del centralismo, del «despotismo» y de las Luces desde una periferia en ebullición, compleja, crítica e intensamente «faccionalizada» como fuera la valenciana de la segunda mitad del siglo XVIII, una época marcada, en el terreno de la ciencia y de la enseñanza universitaria, por la expulsión de la Compañía (1767), por el fracaso de la reforma única de las universidades ensayada por el ministro Manuel de Roda, por la atomización normativa y por el revisionismo mal recibido y peor encajado del Plan Caballero (1807). En Valencia —esto ya era perfectamente conocido— no solo no triunfó el proyecto universitario mayansiano, sino que acabó imponiéndose un esquema mucho más próximo a los planteamientos de D. Francisco Pérez Bayer, mentor de Vicente Blasco, que consiguió capear las reformas (1807) del ministro José Antonio Caballero en 1811 y mantenerse casi incólume hasta el año 1824.

Numerosas son los hallazgos biográficos aireados por Llum Juan. Entre ellos destacan dos expedientes procedentes del Archivo Histórico de la Orden de Montesa, a la que Blasco perteneció en calidad de religioso y de maestro en Artes, que le han permitido rastrear los orígenes familiares y sociales en su Torrella natal, así como sus relaciones de parentesco con toda una serie de poblaciones de la contribución general de Xàtiva, especialmente Llanera, Vallés y Canals, población esta última en que residió durante la larga enfermedad (1811-1812) previa a su fallecimiento (16-IV-1813). La reconstrucción de esta prolongada convalecencia ha permitido a Llum Juan plantear muy serias y razonadas dudas acerca del desplazamiento del Dr. Vicente Blasco a Cádiz y de

su participación como vocal en las juntas nacionales de *Materias Eclesiásticas* y de *Instrucción Pública*, para las que fue nombrado en noviembre de 1809. La autora también ha descubierto y puesto a disposición de los especialistas el testamento del rector (13-III-1813) y el codicilo redactado ocho días después.

Blasco fue un intelectual con una marcada vocación de poder, un representante característico de eso que Franco Venturi denominó «ilustración de funcionarios». No solo mantuvo una intensa relación con su Orden de Montesa, la Universidad, el cabildo catedralicio, el consistorio y la corte. También fue miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País (1771) y académico de la Bellas Artes de San Carlos (1773). Tuvo una destacada intervención en la reforma de los estudios de la orden de los Carmelitas Descalzos (1781), participando —asimismo— en la versión castellana del *Catecismo* del papa Pío V (1781). Fue también uno de los socios fundadores del *Diario de Valencia* (1790), fue vocal de la Junta Superior del Reino de Valencia (22-VI-1811), juez cojúdice del tribunal eclesiástico metropolitano de Valencia (11-IV-1812) y, finalmente, vicario general del arzobispo Joaquín Company (20-IV-1812).

Además de la información procedente del expediente de ingreso en la Orden de Montesa y de San Jorge de Alfama, Llum Juan ha analizado con detalle las distintas empresas eruditas y de gestión que Vicente Blasco García llevó a cabo dentro de esta institución: el rectorado interino del Colegio de San Jorge, la adquisición de los libros para formar la nueva biblioteca del convento tras el terremoto de 1748 y los trabajos preparatorios del bulario de la Orden. Su relación con los profesores tomistas Joaquín Segarra —pariente de Pérez Bayer— y con José Pérez Esteve, futuro arcediano de Chinchilla, y, probablemente, uno de los catedráticos que más contribuyeron a la renovación intelectual de la Universidad de Valencia desde su cátedra de Filosofía tomista (1757-1760), es objeto de esmerada atención en este trabajo. Pérez Esteve no era un desconocido para los especialistas. Había sido elogiado por Florensa por su contribución a la renovación de los estudios en Valencia y también había sido objeto de atención por parte de Cayetano Mas durante su etapa como rector del Seminario de San Fulgencio de Murcia (1772-1780).

Asimismo, Llum Juan ha localizado y estudiado cuidadosamente la tesis doctoral del futuro rector y su trienio (1763-1766) como catedrático de Filosofía tomista antes de viajar a Madrid, requerido por su amigo y mentor Francisco Pérez Bayer. Su tesis, titulada *Universa Theologia pro adipiscenda Summa Theologiae...*, dedicada al rey Carlos III, había sido defendida en un lucidísimo acto académico presidido por el capitán general D. Manuel de Sada y Antillón el 22 de diciembre de 1760. Constituye un magnífico ejemplo del giro renovador impulsado en Valencia por los discípulos directos e indirectos de Cristóbal Puig

y José Pérez Esteve, entre los que se encontraban Joaquín Segarra y el propio Blasco. Especialmente interesantes —de extraordinaria actualidad entonces— fueron los temas abordados en la tercera parte de la tesis: valor de los sacramentos, religiosidad popular, reforma de la predicación, disciplina, moralidad, libertad, Gracia, predestinación, Providencia, apología contra los protestantes, etc. Se insiste —a mi modo de ver, con bastante acierto— en el carácter marcadamente ecléctico del grupo de discípulos valencianos de Puig y Pérez Esteve: el propio Blasco, pero también, por ejemplo, el castellonense José Ibáñez Falomir que ganó la cátedra de Lógica de los Reales Estudios de San Isidro el año 1772 con un programa de enorme amplitud y modernidad en el que se daban cita Bacon, Descartes, Gassendi, Locke, Malebranche, Wolf y Bilfinger.

Llum Juan aborda con enorme solvencia y un magnífico conocimiento de las fuentes el magisterio de Blasco sobre tres brillantes y prometedores discípulos valencianos que, a su vez, tendrían un importantísimo papel como custodios de la memoria y de la fama de su maestro. Me refiero al futuro cosmógrafo de Indias Juan Bautista Muñoz, al botánico José Antonio Cavanilles y al filósofo, erudito y diputado liberal-galicano Joaquín Lorenzo Villanueva y Astengo. Entre todas ellas, la relación más intensa fue que la Blasco mantuvo con Muñoz, pues no en vano el catedrático y cosmógrafo se casó con Josefa Blasco Conca, sobrina del rector. Antiguo alumno de los jesuitas, Muñoz entró pronto en la órbita de Blasco y se distinguió como divulgador de la obra de Jacquier, por la defensa de Musschembroeck, por reeditar la *Lógica* del Barbadiño y la obra de Fr. Luis de Granada, y por ser el primer expositor de la obra de Newton en la Universidad de Valencia. Fue precisamente Muñoz quien proporcionó a Blasco la *editio princeps* de *De los nombres de Cristo* utilizada para la soberbia edición de Monfort (1770), a la que el futuro rector antepuso un extenso y enjundioso prólogo titulado «Sobre la necesidad de buenos libros para la instrucción del pueblo». Las relaciones entre el rector y el futuro cosmógrafo fueron tan cordiales e intensas que cuando Juan Bautista Muñoz partió hacia Madrid llamado por Pérez Bayer, dejó como sustituto de su cátedra de Filosofía a un recomendado de su maestro: José Matamoros, también clérigo de la Orden de Montesa y rector del Colegio de San Jorge.

Vicente Blasco había residido en Madrid desde 1768. Al parecer, solo pretendía desencallar los obstáculos que militaban en contra de la edición del bulario de a Orden de Montesa. Pérez Bayer no tardó nada en incorporarlo a las tareas de preceptuación del infante Francisco Xavier y —fallecido este (1769)— de su hermano mayor, el infante Gabriel. El acceso a la corte fue, sin duda, el trampolín que necesitaba la carrera de Blasco, pero también una magnífica caja de resonancia para poner en práctica los métodos y las lecturas

que el escolapio Benito Feliu de San Pedro había promocionado en Valencia y que Blasco había aceptado con tanto entusiasmo: el Brocense, los manuales «cartesianos» de Arnauld y Lancélot y los textos del P. Estanislao Konarski divulgador de la obra de Bacon, Descartes, Gassendi, Malebranche, Locke y Genovesi. Tras su regreso a Valencia, y habiéndosele encomendado la reforma de los estudios carmelitanos (1781), Blasco se interesará también por la obra del ginebrino Charles Bonnet, *Essais analytiques des facultés de l'âme* (1759), por su defensa del preformacionismo, la inmutabilidad del alma y del principio de no contradicción entre las verdades de la ciencia y de la Biblia.

Su amigo y mentor Pérez Bayer estaba convencido de que Blasco podía desempeñar un papel mucho más útil para sus intereses y su visión de la reforma de los estudios universitarios en Valencia que en Madrid. Desde la corte, gracias a sus buenos oficios, se allanaron todas las dificultades que podían obstaculizar el ascenso del montesiano hasta el rectorado de la Universidad. Una real sobrecédula (20-V-1781) le permitió incorporarse un tanto intempestivamente al capítulo de canónigos de la catedral de Valencia (13-VI-1781), abriéndole el camino para su designación como rector de la Universidad de Valencia (1784), para la redacción de un nuevo plan de estudios de larga vigencia en el *alma mater* valentina y para su nombramiento como rector vitalicio el 16 de enero de 1787. Aunque hay estudios sobre la materia que permiten una buena aproximación al tema (Albiñana, Baldó, etc.), se echa en falta en la obra que comentamos una aproximación algo más detallada al contenido del plan de estudios de 1786-87 —tal vez, incluso, una comparación entre su contenido y el del llamado Plan Caballero de 1807— un análisis algo más pormenorizado sobre el papel de Blasco en la estabilización de las finanzas de la institución y del impresionante incremento de la contribución de la diócesis al presupuesto anual de la Universidad, su gestión como rector, su participación en los claustros generales y particulares, su intervención en los actos académicos más sobresalientes, sus contactos y acuerdos con Pérez Bayer a propósito, sin ir más lejos, de la donación de su librería y la constitución de la biblioteca universitaria, y, desde luego, su protagonismo durante la visita de la familia real a Valencia el año 1802.

Aunque la autora haya considerado, tal vez, que tenía poco que aportar a lo que ya había sido establecido por los hermanos Peset o Albiñana, no por ello ha dejado de ofrecer a la consideración de los lectores y estudiosos un pequeño elenco de novedades hasta ahora desconocidas. Uno de los grandes «descubrimientos», por así decir, de esta tesis es la interesante figura del también eclesiástico montesiano y discípulo de Blasco, frey Raimundo García. Siguiendo la estela de su maestro, García presentó diversas memorias renovadoras en las cuatro ocasiones en que opusió si éxito a la cátedra de Filosofía de la Univer-



sidad de Valencia. Aparte de los textos que el propio Blasco había ido promocionando entre sus discípulos —las lógicas del Barbadiño y de Genovesi, las físicas de Musschembroek y Wolf, la astronomía de S'Gravesande y la óptica de Newton— García presenta y analiza en su propuesta docente las primeras aportaciones significativas al campo de la electrostática, como es el caso de la *Electricorum effectuum Explicatio...* (Padua, 1751) del benedictino milanés del monasterio de Santa Justina de Padua, dom Andrés Bina (1724-1792) y la traducción de *L'Électricité des Corps ...* (París, 1746) de Jean-Antoine Nollet, llevada a cabo por José Vázquez Morales que antepuso a la obra una historia de la electricidad dentro de la cual se abordaban las aportaciones de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa al estudio del magnetismo de los metales.

Vicente Blasco García fue considerado el año 1964 como la figura más representativa de la historia de la Universidad de Valencia. Motivos —y no escasos— había para ello. Su personalidad intelectual, académica y política continúa despertando, desde luego, el interés de los investigadores. Blasco fue, sin lugar a dudas, un notable académico y un hombre de acción; un político cuyas muchas ambiciones no le impidieron adquirir una formación envidiable y, al mismo tiempo, contribuir a la formación de una pléyade de discípulos notabilísimos —Muñoz, Cavanilles, Raimundo García, Villanueva— aunque sí, tal vez, llevar a cabo una obra serena, amplia y madura. Fue catapultado por su Orden de Montesa hacia la Universidad y la cátedra. Fue un tomista abierto y nada recalcitrante, antagonista de los jesuitas, y buen representante de la renovación del tomismo entre ciertas minorías católicas abiertas al regalismo, al galicanismo y a la pulsión jansenizante del reformismo dieciochista. Tal vez por ello, fue amigo y seguidor de Gregorio Mayans, representante del mejor y más eximio humanismo hispánico del siglo XVIII. Sin embargo, ni compartió ni asumió su programa de reformas universitarias, sino, en todo caso, el de su protector y mentor Francisco Pérez Bayer, preceptor de los infantes reales y máximo responsable de la reforma de los Colegios Mayores. Como rector de la Universidad de Valencia fue responsable del famoso «plan Blasco» de estudios universitarios (1786-87), cuya vigencia hasta 1824 casi alcanzaría las cuatro décadas, en abierta dialéctica con el Plan Caballero de 1807. Pero, más allá de la renovación de su plan de estudios, Blasco dotó de estabilidad a las finanzas de la Universidad y arrancó al consistorio capitalino su capacidad absolut(ist)a para designar catedráticos, anteponiendo a la decisión de los regidores un sistema previo de selección o habilitación de opositores. De su activa participación en la vida cultural, política y eclesiástica de la Valencia de los años 1790 a 1813 hemos tenido sobradas pruebas. Blasco organizó la respuesta de la Universidad frente al invasor francés y contribuyó a articular la resistencia de la nación



frente a Napoleón, aunque también se mostró posibilista y pragmático con la administración del mariscal Suchet. La *Universitat de València* de 2020 se parece muy poco a la *Universidad Literaria de Valencia* de 1964, pero si hubiera que buscar una figura que la representara, ¿despertaría un consenso mayor entre todos los miembros de la comunidad universitaria alguien que no fuese el rector Blasco? Antes de dar una respuesta, me atreveré a recomendarles la lectura de este libro de la doctora Llum Juan.

PABLO PÉREZ GARCÍA